

pas españolas. El capitán Bringas a muy pocos momentos de principiada la acción recibió una herida mortal, y Mendivil que se hallaba en la calzada, puesto el más peligroso, recibió también varias de que no logró convalecer sino al cabo de mucho tiempo. Otros muchos oficiales tuvieron la misma suerte, y los soldados cuyo desaliento era ya visible, empezaron a desmayar hasta el grado de obligar a Trujillo a que oyese las proposiciones de acomodamiento que sin cesar le hacían los que peleaban contra él. Se prestó pues, a dar este paso, pero con el designio de atraerlos a un lugar donde pudiesen perecer por medio de la más vil traición e inaudita mala fe. Así lo hizo, fingiendo oír sus proposiciones y mandando hacer fuego luego que los tuvo a tiro, y este hombre infame e inmoral no tuvo vergüenza de confesar un hecho tan bochornoso y gloriarse de él en el parte detallado que dió al virrey.

La irritación subió de punto en los ánimos de los que ofrecieron el parlamento, de modo que antes de las cinco de la tarde Trujillo se hallaba reducido a solo su centro y desalojado de los demás puntos que había ocupado. A esta hora le llegó la noticia de que sus enemigos empezaban ya a ocupar el camino de Mejico que quedaba a su espalda. Entonces, según el mismo asegura, temeroso de ser envuelto y falto absolutamente de municiones, resolvió la retirada que no dejaba de ofrecer dificultades.

Si los insurjentes hubiesen sabido aprovecharse de las ventajas adquiridas, habrían impedido su retirada, pero se contentaron con lo hecho hasta entonces y no le hicieron una resistencia vigorosa, limitándose a un débil tiroteo que no impidió llegar a Cuajimalpa los débiles restos de esta división derrotada. Trujillo emprendió su retirada después de las cinco de la tarde y aseguró al virrey haber quedado desmontados, desmuñonados y clavados los dos cañones que después recobró Calleja intactos en Aculco. En el camino se le desertó la mayor parte de los pocos que le seguían, de modo que llegó a Cuajimalpa casi solo, y aunque ya había oscurecido, no considerándose seguro, continuó para Santa-Fe a donde llegó ya muy entrada la noche: allí hizo alto hasta el día siguiente en que amaneció con poco más de cuarenta hombres que lo acompañaron hasta Chapultepec donde vino a situarse.

En Mejico, desde el domingo 29 de octubre en que se supo la ocupación de Toluca por las fuerzas de Hidalgo, empezó la alarma que se fué aumentando por grados y por momentos. Todos los vecinos acomodados así Españoles como Mejicanos entraron en los más grandes temores por las pérdidas con que los amenazaban fundadamente las masas indisciplinadas de los insurjentes si llegaban a apoderarse de la capital, en la que indudablemente habrían cometido mayores excesos de los que hasta



entonces se habian dado tan funestos ejemplos en los otros lugares y poblaciones. Así es que cada cual ocultaba lo que tenia en los monasterios de frailes y monjas, y en otros lugares que se creia serian respetados del furor popular; y se puede asegurar, sin temor de equivocarse, que ningun hombre medianamente acomodado, por mucho que fuese su afecto a la independenciancia, deseaba la entrada de Hidalgo en Mejico.

El virey, cuyos temores siempre habian sido menores de lo que debian, conoció entonces el error en que habia estado, y se apresuró a tomar todas las medidas de defensa que pusiesen la ciudad a cubierto de una invasion. Ademas de la division de Trujillo que se hallaba en el camino de Toluca se resolvió a formar un campamento con las tropas que le quedaban en la ciudad que serian tres mil hombres escasos, pero los situó tan mal que si los insurjentes se hubiesen aproximado a Mejico, las tropas acantonadas no hubieran podido defenderlo ni tampoco sostenerse. En una calzada a lo mas de veinte varas de ancho, fuera de la cual no hay sino terrenos fangosos, y que se halla dominada en su frente y costados por dos arquerias de poca elevacion situadas a tiro de cañon que pueden ser ocupadas y servir de parapeto al enemigo, fué donde Venegas formó dos lineas de tiendas de campaña. Cualquiera que haya visto el paseo de

Bucareli conocerá la exactitud de esta descripcion, y la impericia de quien mandó situar en el las tropas que debian formar el campo, sin levantar siquiera un parapeto que las resguardase del lado de las arquerias.

Cuando en Mejico se supo la derrota de Trujillo la alarma se aumentó, y la consternacion y el terror se vieron pintados en los semblantes de todos: se despacharon extraordinarios a todos los puntos de donde se podia esperar socorro, se le ofició a Calleja a quien se suponía en Queretaro, para que a marchas forzadas viniese a la capital, se mandaron acuartelar a los Urbanos distinguidos de Fernando VII, y al rejimiento del comercio de la misma clase, para mantener el orden en el interior de la ciudad y salir en auxilio de las tropas acampadas si fuese necesario. Hasta la supersticion vino en auxilio de las fuerzas del virey, pues la imagen de la *Virjen de los remedios*, muy venerada en Mejico y de la que se cuentan muchas fabulas sobre el auxilio que en la conquista prestó a los Españoles contra los Indios, y cuyo santuario se halla situado a las inmediaciones del camino por donde Hidalgo venia, se apareció de repente en la ciudad, a donde es anualmente conducida con gran pompa cuando las lluvias no son tan prontas como lo exigen las necesidades de los Mejicanos. Es el caso que al capellan de su santuario le ocurrió que la imagen con la



aproximacion de Hidalgo podia correr un riesgo que ni el ni nadie supo explicar cual podria ser, y poseido de este panico terror la metió en un coche y se vino con ella a Mejico. Luego que Venegas lo supo corrió para catedral y con un aire de devocion afectada que le sentaba muy mal, se presentó en este templo y representó en él una escena de teatro en que no se perdonaron las lagrimas, dirijiendo a la imajen una alocucion en tono sentimental para invocar su auxilio, acabó por poner a sus pies el baston que llevaba en la mano, declarandola generala. De estas miserables supercherias hubo ejemplos muy repetidos en todo el curso de la revolucion.

Entre tanto como Calleja no se presentaba ni habia noticia ninguna de él, la ajitacion de la ciudad se aumentaba; los Españoles tuvieron por inevitable su ocupacion por las masas insurjentes, y cayeron en el mas profundo abatimiento; los Mejicanos deseaban el triunfo de la causa aunque temian los desordenes que debian acompañarlo en una ciudad tan grande, tan rica y tan fecunda en malechores; y el gobierno, sin medios de resistencia, ni fuerza suficiente para cubrir los puntos de una linea de poco mas de cuatro leguas en que se puede estimar el recinto de la ciudad, no pensaba sino en retirarse a Puebla o Veracruz. Todo pues conspiraba a facilitar la ocupacion de la capital por las fuerzas insurjentes, y Allende, Abasolo, Aldama y demas ge-

fes instaban por que no se perdiere la oportunidad de dar el ultimo golpe al gobierno antes de que se aproximase Calleja que venia a toda prisa en su auxilio. Es en efecto muy probable que la toma de Mejico no habria ofrecido mayores dificultades siendo como es una ciudad abierta, cuyos puntos no podian cubrirse por el corto numero de sus defensores contra los conatos de sublevacion interior y la irrupcion de masas numerosisimas que se precipitaban sobre ella por fuera; y es casi cierto que una vez ocupada la capital las fuerzas que se hallaban a las ordenes de Calleja habrian sufrido bajas considerables o pasadosse al enemigo. Pero Hidalgo a cuya serenidad y decision se debió el que la revolucion no hubiese sido sufocada en su cuna, se acobardó sobremanera con las bajas que habian sufrido sus masas en el triunfo que sobre las fuerzas españolas acababan de obtener en las Cruces, y se obstinó contra el dictamen de los demas gefes y contra lo que indicaba la naturaleza misma de su posicion, en que era necesario reacerse antes de volver a entrar en campaña.

Esta falta indisculpable aun para el hombre de mas vulgares nociones, se ha querido disculpar en Hidalgo, suponiendo que fué impulsado a cometerla por el deseo de evitar a Mejico los desordenes que sus masas le causarian en una violenta ocupacion: el credito que merece semejante suposicion puede



valuarse por lo que pasó en Celaya, Guanajuato y Valladolid. Allende que desde el principio habia conocido la mala direccion que llevaban los negocios, acabó de indisponerse con Hidalgo y se separó de el dirijiendose a Guanajuato, y este caudillo no permaneció en las inmediaciones de Mejico sino para cometer otra falta que acabó de dar en tierra con su prestijio. Resuelto ya a no acometer, nombró a Don José Mariano Jimenez para que se presentase a Venegas en clase de parlamentario, a fin de proponer una especie de arreglo, que aunque se quiso disfrazar con amenazas, era una suspension de hostilidades. El virey reusó escuchar a Jimenez, pero no se descuidó en hacer conocer al publico lo que ya sabia por las inteligencias que mantenía en el campo enemigo, y esto hizo que tomasen aliento los Españoles que lo habian perdido por las ultimas ocurrencias. Su espíritu abatido se repuso aun mas por la retirada de Hidalgo que entre el 2 y 5 de noviembre levantó el campo con el designio de regresar a Valladolid. Entre tanto el virey que ignoraba donde se hallaba Calleja, mandaba los correos uno tras otro dando y repitiendo sus ordenes para que se acercase a la capital y viniese a socorrerla.

El ejército del general Calleja se formó de las fuerzas de su brigada, de las que levantó extraordinariamente en ella, y de la division que el virey

habia puesto a las ordenes del conde de la Cadena. Este ultimo recibió ordenes de Mejico para efectuar luego que pudiese su reunion con Calleja, y despues de haber convenido ambos gefes en los medios de verificarlo, se señaló el pueblo de Dolores como punto sobre el cual deberian avanzar dichas divisiones. El 24 de octubre salió Flon de Queretaro y el 28 entregó la division y su mando a Calleja en el espresado pueblo. Estas fuerzas se movieron inmediatamente sobre Mejico, y el proyecto primero fué dirijirse por Celaya y Acambaro a Toluca; pero se varió despues por los avisos repetidos que dió el comandante de Queretaro, Garcia Rebollo, de hallarse amenazada la ciudad segun se creia por el grueso de las fuerzas de Hidalgo, que se hallaban sin embargo muy distantes. Se destacó pues, una columna de caballeria del ejército de mil seiscientos caballos y se ordenó a su comandante D. Manuel Pastor que forzase sus marchas para llegar a tiempo; pero ni era el grueso del ejército insurgente el que amenazaba a la ciudad, ni Pastor llegó sino cuando el ataque habia pasado.

Un paisano llamado Sanchez que habia tomado partido por Hidalgo fué el que se presentó delante de Queretaro con una multitud desarmada de Indios que llegaria a seiscientos hombres, los cuales se dispersaron al primer cañonazo que se disparó del fuerte de la Cruz dejando algunos muertos. Ca-



lleja entró en Queretaro el día 4 de noviembre, despues de un dia de descanso continuó para Mejico, y al llegar el 6 a las inmediaciones de Arroyosarco tropezó con algunas avanzadas de Hidalgo que ignoraban la aproximacion de las fuerzas españolas como estas ignoraban la de aquellas. Calleja dispuso entonces que una partida de mil doscientos caballos a las ordenes del coronel D. Miguel de Emparan saliese a reconocer los campos y pueblos de las inmediaciones, para adquirir noticias en orden a la situacion, numero y calidad de las fuerzas insurjentes. Cuando esta descubierta regresó al campo, su gefe informó que Hidalgo se hallaba con poco mas de cuarenta mil hombres en el pueblo de Aculco y sus inmediaciones, y que careciendo esta fuerza de armamento, orden y disciplina, parecia poco temible.

La relacion de Emparan era exacta, pues Hidalgo al retirarse habia sufrido deserciones muy considerables que habian hecho bajar en una mitad las masas que lo seguian; y las fuerzas regladas que habian sostenido la accion de las Cruces, en el des-concierto universal, acabaron de perder su poca organizacion, no teniendo gefes que las obligasen a mantenerla, ni cuidasen del armamento y demas utiles que constituyen el equipo del soldado. Con estas noticias Calleja se aproximó y sentó su campo a dos leguas de Aculco, donde pasó la noche

dando sus disposiciones para atacar el dia siguiente.

La posicion de Hidalgo, segun la describe el mismo Calleja, consistia en una loma casi rectangular que dominaba el pueblo de Aculco y toda la campaña por los dos lados de oriente y norte, circundada de un arroyo y barranco poco practicables aun para la infanteria: de los otros dos lados, situados al poniente y sur, el menor de cuatrocientas varas, se hallaba sobre un cerro alto, aislado entre la sierra y montes espesos, y el mayor de unas mil y quinientas varas, era el principio de una falda muy suave de la misma sierra que a distancia de media legua empezaba ya a ser escabrosa y dificil. La formacion de las fuerzas insurjentes era la de batalla en dos lineas y entre ellas una figura oblonga llena de gente, todo sobre la loma, y la artilleria a los bordes de esta. El ejercito español formó su cuerpo de ataque en cinco columnas, tres de las cuales se hallaban en el centro y las otras dos a los flancos: la reserva se formó en dos lineas con el nombre de primera y segunda, y ya dispuesto todo se dió la orden de marcha, simulando un ataque sobre la izquierda y estendiendose por la derecha para cortar la retirada al mismo tiempo que se acometia el centro que formaba la verdadera columna de ataque. La artilleria de Hidalgo mal servida y peor situada no produjo efecto alguno, de manera que los Españoles marcharon sin tener que vencer otros



obstaculos que los naturales hasta ponerse a tiro de fusil de la posicion enemiga, que fué por el centro atacada a la bayoneta y tomada en el momento. Entonces la caballeria de los flancos y la de reserva, dividida en varias partidas, recibió la orden de perseguir a los fujitivos, en los cuales hizo grandes destrozos, que habrian sido mayores, si la aspereza del terreno no hubiese impedido seguirlos a mayor distancia. La victoria fué facil, pronta y completa; por ella se recobraron los cañones que habia perdido Trujillo, se tomaron otros doce, todo el parque y una multitud de armas de todas clases: a ella tambien debieron su libertad el intendente Merino y los coroneles Rul y Garcia Conde: todos los gefes insurjentes lograron escapar, y por caminos de vereda llegaron unos a Guanajuato y otros a Valladolid, pero ya muy debilitado el concepto que disfrutaban y el prestigio que una serie no interrumpida de felices sucesos habia acumulado sobre ellos. La victoria de Aculco, muy ventajosa sin duda al gobierno de los Españoles, no podia decidir de la suerte de la revolucion que obtenia ventajas al mismo tiempo que sufría derrotas, y compensaba las unas con las otras.

Mientras las masas de Hidalgo que fueron sobre Mejico se disipaban, se perdian para los Españoles las ciudades de Guadalajara, San Luis de Potosí y Zacatecas, y con ellas las provincias de que eran

capitales. Gobernaba la ciudad de Guadalajara el brigadier D. Roque Abarca, y luego que supo los movimientos de Dolores, de acuerdo con la Audiencia de que era presidente nombró una junta de guerra para consultar y dirigir la defensa que se intentaba de la ciudad y la provincia. Se empezó por llamar las fuerzas que se hallaban en Tepic y puerto de San Blas, poner bajo el pie de guerra el batallon provincial, y levantar algunas compañías de voluntarios, compuestas de estudiantes y dependientes de las casas de comercio. El obispo diocesano Ruiz de Cabañas no creyó que hacia bastante con las exórtaciones y preceptos a su clero para que predicasen contra la insurreccion y sus gefes, sino que levantó un cuerpo militar que llamó *cruzada*, compuesto en su mayor parte de eclesiasticos seculares y regulares que a son de campana se reunian en la casa episcopal, de donde salian armados, montados y en formacion, capitaneados por el prelado y precedidos de un estandarte con cruz roja, para ejercitarse en el manejo del arma, y en las evoluciones militares.

Entre las medidas preécautorias que tomó la junta para impedir que la insurreccion hiciese proselitos en la ciudad, fué una de ellas el situar en el puente de Guadalajara un destacamento con orden de impedir se introdujesen personas sospechosas o desconocidas, y con la de prescribir, bajo severisi-



mas penas, a los que se permitia pasar, el mas profundo silencio sobre los progresos que hacian Hidalgo y sus compañeros.

Mientras en Guadalajara se tomaban estas medidas de defensa y precaucion, un hombre sencillo, habitante del campo y honrado en toda la estension de la palabra, llamado D. Jose Antonio Torres, persuadido de ser llegado el caso de libertar a su patria, levantó una partida que armó a su costa y se situó en las inmediaciones de la Barca. El gobierno de Guadalajara temiendo que esta fuerza se engrosase hizo salir contra ella dos divisiones, cada una de quinientos hombres, la primera se puso a las ordenes del oidor D. Francisco Recacho, y la segunda a las de D. Tomas Villaseñor, hacendado rico a quien se dió el grado de teniente coronel. Torres batió el dia 5 de noviembre, completamente la division de Recacho en las inmediaciones de la Barca, de manera que este no pudo ni aun fugarse, y se refugió a la casa del cura; pero no creyendose tampoco seguro en ella, logró salvarse de una manera que hoy parecerá, con especialidad en Europa, absolutamente increíble, y fué que el cura de la Barca tomó la custodia en que se espone publicamente el sacramento, entró en un coche con ella llevando a Recacho a su lado, y caminó de esta manera hasta Guadalajara entre los insurgentes, no solo sin obstaculo, sino recibiendo los honores que

por ordenanza deben hacer los militares al sacramento cuando sale publicamente. Despues de la ventaja obtenida en la Barca por Torres, Portugal y Navarro, gefes tambien insurgentes se dirijieron a Zacoalco donde hallaron y batieron la division de Villaseñor, quedando este y cuantos la componian prisioneros, y sin perdida de momento avanzaron todos sobre Guadalajara.

En esta ciudad a la primera noticia de haber sido derrotadas las divisiones, cayeron de animo sus defensores: el presidente Abarca se ocultó, el obispo se fugó precipitadamente a San Blas haciendo a sus feligreses predicciones funestas que no se cumplieron, y los Españoles se dirijieron al mismo punto con sus bienes en una caravana que comandaban los oidores Alba y Recacho que se apoderaron en todos los pueblos del transito de los caudales pertenecientes a la hacienda publica. En la ciudad no quedaban otras autoridades que la Audiencia y el Ayuntamiento, y esta ultima en representacion del vecindario nombró comisionados para que saliesen a poner la ciudad a disposicion de Torres, y ajustar con el un convenio por el cual quedasen a salvo las vidas y propiedades de sus habitantes. Este gefe se prestó a cuanto se exijió de el, ocupó a Guadalajara con sus fuerzas el dia 11 de noviembre, e inmediatamente declaró a las autoridades que podian continuar en el ejercicio de sus funciones, que



el era un hombre que no conocia la marcha de los negocios, ni entendia los asuntos de gobierno, y que por lo mismo se hallaba resuelto a no tomar parte en ellos, ni embarazar la accion de los funcionarios publicos, limitandose a defender la ciudad contra los Españoles en caso de ser atacada. Como lo dijo lo cumplió; ninguno sufrió persecuciones, su fuerza no cometió excesos, el orden que no se habia interrumpido continuó, y en Guadalajara un hombre oscuro, sin principios, sin reputacion ni concepto, pero verdaderamente honrado y de suma sensatez, dió un giro a la causa de la independenciam que no atinaron a darle los que se tenian por de un merito superior. Este hombre, sin embargo que no habia hecho mal a nadie, y que habia salvado de los horrores revolucionarios a la segunda ciudad del vireinato cuando todos los que defendian la misma causa entregaban al saqueo y a las furias de un pueblo desenfrenado las ciudades que ocupaban, fué condenado como malechor por los Españoles que lo hicieron prisionero, a un suplicio cuyos horrores se procuraron agravar, y ha sido olvidado por los Mejicanos al decretar honores a sus heroes, entre los cuales merecia ser contado con preferencia a algunos que tal vez no los merecen.

Si el hombre que se apoderó de Guadalajara era recomendable bajo todos aspectos, el que lo hizo de

Zacatecas debe considerarse como un facineroso verdadero. En esta ciudad se supo el pronunciamiento de Hidalgo a fines de setiembre, e inmediatamente los principales Españoles avecindados en ella, se reunieron en la casa del intendente D. Francisco Rendon para tratar de los medios de defensa y pedirle se confiase a ellos exclusivamente la custodia de la ciudad. El intendente se prestó a todo, y en consecuencia se procedió al acopio de armas y dinero, y a levantar el cuerpo de voluntarios compuesto como en todas partes de los dependientes de las casas de comercio casi en su totalidad españoles. El ardor que se manifestó en los primeros dias decaia visiblemente a proporcion que la empresa de Hidalgo progresaba, de manera que cuando este tomó a Guanajuato los defensores de Zacatecas no pensaron ya sino en salvarse, y su temor era tan grande que se recataban unos de otros para la ejecucion de este designio.

Desde principios de octubre empezaron a desaparecer algunos Españoles con sus caudales y familias, dirijiendose a Altamira para embarcarse, y ya el dia 7 la ciudad se hallaba evacuada completamente por la ausencia de sus defensores. Como el intendente Rendon era uno de los que se habian ausentado, el Ayuntamiento creyó que se hallaba en el caso de llenar el vacio que resultaba en la autoridad, y nombró para desempeñarlo al conde de San-